

La Vida Intima de *Bohemia* *mayo 18/52* ESTRADA PALMA

Afable y cortés, don Tomás tenía siempre a su disposición una tosecilla muy oportuna para los momentos en que no le convenía hablar y con un cariñoso "hijito" daba la impresión de que accedía a todo pero en el fondo hacía siempre su voluntad.

por
MANUEL MARSAL

TENDIDO en la litera el joven viajero se adelantaba al tiempo y al espacio. Le parecía estar ya de regreso en Bayamo, al abrigo de la casona solariega. Evocaba el cuadro familiar del que se había apartado unos años antes para seguir sus estudios en La Habana y más tarde en España. De pronto creyó oír la voz acariciante de su madre, la buena doña Candelaria y, a poco volvía a la realidad escapando del dulce soñar despierto. ¡Acababa de sentir como en los días de su niñez y aún en la hora de la melancólica despedida; en esa hora en la que todos se esforzaban por sonreír mientras sentían deseos de llorar, el brazo de su padre sobre sus hombros, alrededor del cuello en el gesto característico e invariable con que lo acompañaba siempre hasta la puerta de la casa, recomendándole cordura y atención a sus maestros, cuando salía con sus libros para el colegio! Pensó, entristeciéndose que no volvería a sentir esta presión afectuosa. Don Andrés María Estrada y Oduardo, en efecto, había rendido meses antes su tributo a la muerte, y su desaparición, precisamente, era el motivo que obligaba a Tomasico, que no tardaría en oírse llamar don Tomás, a volver a los patrios lares sin haber concluido la carrera de Derecho.

Bayamo no había cambiado mucho durante su ausencia. Sin embargo, advierte que el ambiente no es tan plácido como antes. Se da cuenta de que las injusticias cometidas por los gobernantes de la colonia para mantener a los criollos en el estrecho marco político dis-

puesto por la metrópoli, acentúan el malestar y la intranquilidad. De cuando en vez el joven terrateniente que ha echado sobre sus hombros la responsabilidad de administrar la hacienda familiar, añora sus tertulias de Sevilla y recuerda sus impresiones de París que tan honda huella dejaron en su vida.

Por suerte su espíritu que se asoma ansioso a las corrientes de las nuevas ideas no está solo. En Bayamo no falta un grupo de intelectuales en el que figuran los Castillo, los Céspedes, los Fornaris, al que no tarda en sumarse. En esta noble compañía frecuenta los salones de La Filarmónica, destacándose por su discreta elegancia. No es de elevada estatura, ni de recia constitución, pero su frente amplia descubre al hombre de clara mentalidad, cultivador del intelecto y devoto del estudio. Más que las ciencias le atraen las letras, pero no se entusiasma por la poesía como sus compañeros.

En el verano, al igual que casi todas las familias pudientes de Bayamo, va de temporada a El Dátil en compañía de doña Candelaria. Madre e hijo viven en la armonía más perfecta. Dan largos paseos por los alrededores y parecen encontrar en la contemplación de los

altos picachos de la Sierra Maestra, mayor entretenimiento que en la charla banal de los salones. Tomás no gusta de la ruleta ni de los dados, tampoco de las peleas de gallos. Aún cuando a su edad, en su posición económica desahogada y en tal ambiente a nadie sorprendería verlo entusiasmado con aventuras amorosas más o menos serias, lo cierto es que por el momento no se siente inclinado especialmente

2

hacia ninguna de las bellezas cuyo trato frecuente, y mucho menos piensa en contraer matrimonio. Parece como si el amor maternal —dice su biógrafo Camacho— sirviera de barrera infranqueable para hacerle retardar este acontecimiento. La verdad es que su situación de hijo único, huérfano de padre, lo acerca aún más a la madre cariñosa.

Estudiar, saber, mantenerse informado del movimiento intelectual que se produce más allá de los límites bayameses, no le parece bastante. Considera que la satisfacción de acumular conocimientos nunca será completa si se guardan avaramente. Quiere prodigarlos. Se le despierta la vocación del maestro y en el esfuerzo de enseñar encuentra un nuevo interés en la vida; un interés mucho mayor que en la atención de sus bienes. En la escuela del cuartón de El Guamo, después de haber aceptado el empleo subalterno de teniente pedagogo comienza sus tareas de educador, tratando de seguir los mismos moldes de José de la Luz y Caballero. Más tarde, cuando renuncia el cargo de teniente pedagogo sigue dedicado al magisterio. Hace así, sin sospecharlo, sus primeros

ensayos en este noble sacerdocio; ensayos que lo preparan para los largos y difíciles días de Central Valley que tanto relieve dan a su ilustre personalidad.

El descontento de sus conterraneos que advirtiera al regresar de Europa, se ha ido acentuando a medida que pasa el tiempo sin que se vislumbren mejoras. A cada paso surgen nuevas fuentes de malestar. El traslado de la Alcaldía Mayor para Manzanillo como represalia de las autoridades por la negativa de los bayameses a pagar tributos que estiman abusivos, produce una honda conmoción de la que se hace vocero el grupo de intelectuales con el que se encuentra identificado el joven Estrada Palma, que aún cuando no es de los más exaltados, llega a la conclusión de que precisa un gran cambio. Por el momento, empero, no se coloca a la vanguardia de los que propugnan acciones drásticas.

En 1867 la tempestad que desde hacía tantos años venía amenazando estaba próxima a estallar. Al cabo de un cuarto de siglo esperando las leyes especiales prometidas por el gobierno de Madrid, llamadas a poner remedio a no pocos males, los cubanos se habían convencido de que nunca serían promulgadas. Las pasiones estaban exacerbadas y los sucesos registrados durante las fiestas populares de Santa Ana que culminaron en la ocupación militar de la ciudad por órdenes del gobernador Udaeta, el tuerto militar contra quien el pueblo improvisó una mortificante redondilla:

“Tuerta, retuerta,
majadera, arpia,
ábrenos la puerta
que ya viene el día”.

aumentaron la excitación. El equilibrio entre gobernantes y gobernados se hallaba próximo a romperse. Explotados y explotadores no tardarían en situarse frente a frente en plena manigua iniciando una lucha desgarradora entre los nuevos intereses y las caducas normas económicas.

La conspiración va tomando cuerpo. Aguilera, hacia el que vuelven sus ojos los descontentos, se muestra activo y bien dispuesto. No muy lejos, en Manzanillo, otro patriota, Carlos Manuel de Céspedes lleva a cabo una actividad paralela. Tomás Estrada Palma sigue con atención estos movimientos. Considera necesaria una acción enérgica y está dispuesto a prestarle el calor de su prestigio de hombre ilustrado y de rico terrateniente que posee varias fincas en la zona, pero evita, sin embargo, colocarse en primer plano y, cuando Céspedes forzado por las circunstancias se ve en el caso de anticipar la fecha fijada para el levantamiento, no dis-

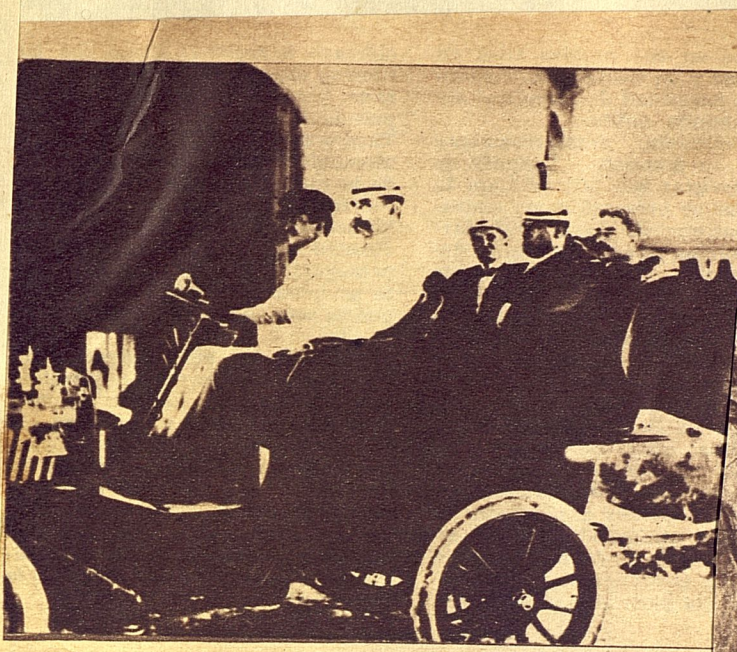
mula su contrariedad, ni pone sordina a sus críticas desfavorables.

Asiste a la reunión que se celebra en los salones del Ayuntamiento la noche del 11 de octubre de 1868, presidida por el Alcalde, de acuerdo con Udaeta y en la que se busca una fórmula decorosa para que Céspedes y el grupo que le acompaña deponga las armas, mediante la promesa de embarcarlos para el extranjero. Estrada Palma no sólo aprueba esta moción sino que acepta sin objeciones que se le designe para integrar con Rodrigo Marcochini y Ramón Céspedes y

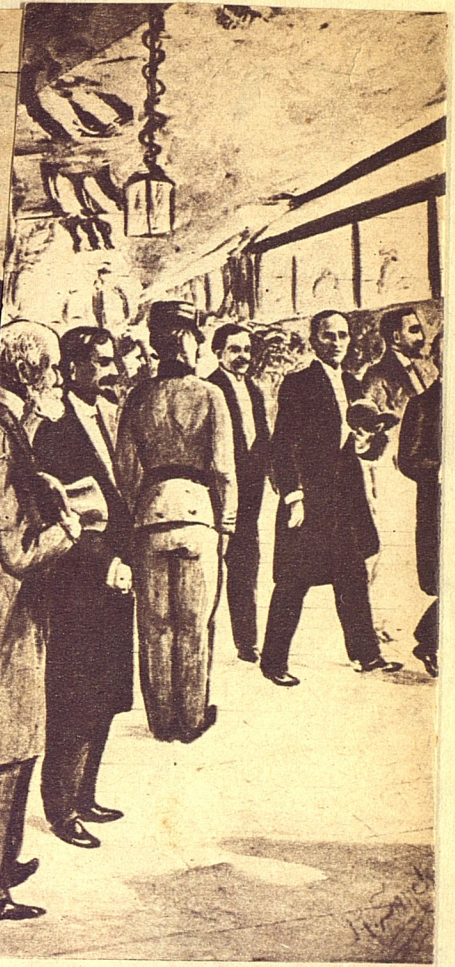
Fornáris, la comisión que ha de entrevistarse con Carlos Manuel de Céspedes y sus compañeros para trasmitirle el acuerdo.

En cumplimiento de su misión discute el asunto con Osorio, Mármol y Figueredo, dándoles cuenta además del estado de opinión prevaleciente contra Céspedes. Los primeros vacilan, pero Figueredo anuncia su propósito de incorporarse al levantamiento. Su actitud decide a los otros. El patriotismo se sobrepone a los resentimientos de grupo y, en consecuencia, Osorio y Mármol resuelven acompañarlo





Don Tomás, Presidente de la República, en uno de los primeros automóviles de La Habana recorre las calles de la ciudad con el ministro de Estados Unidos, Mr. Squire.



El viaje de don Tomás Estrada Palma a la Estación de Villanueva, acompañado por el Sr. R. Sánchez, ministro del natural.

problema de la esclavitud. Céspedes que ya había dado libertad a los esclavos que se sumasen a la revolución, no la decretó íntegramente para no lesionar intereses, pero entre los nuevos regidores, José Joaquín Palma toma el asunto por su cuenta y presenta una moción radical. Estrada Palma, abolicionista por principio que compraba cuantos esclavos le era posible para "educarlos en la moral más estricta y enseñarlos a leer y escribir" dándoles un trato paternal, se pronunció, desde el primer momento en favor de la moción abolicionista, que al cabo de acalorados debates fué aprobada.

Después del incendio de Bayamo, volvió a oírse la voz de Estrada Palma en una proclama que encerraba sensacional denuncia contra los desmanes del Gral. Valmaseda. A poco acepta el cargo de secretario del Gral Donato Mármod y, aparentemente por esta época ambos dirigen al gobierno de los EE.UU., una exposición sugiriéndole la conveniencia de la anexión de Cuba a la gran república nórdica. Luego va a Guáimaro donde celebra sus

El año siguiente es todo duro para Estrada Palma. Se halla en la Cámara cuando la noticia de que los españoles asaltado e incendiado en que residía su madre. iracundo —dice Carbonell— lugar comprobando la verdad. El corazón se le salta del pecho; el sueño huye de sus ojos; de la madre, blanca y errante por los bosques, suegra. De pronto le informa que vive y está a salvo. Vuelto a su hogar, ella le tiende los brazos queriendo desasirla de su cuerpo. prueba, espantado, que le valerosa a quien no había donado las fuerzas para resistir a los secuestradores le había arrastrado la honda y tierna a volver a ver a su Tomal. había dejado de existir al "grato choque".

Pero la tragedia familiar aparta al revolucionario del deberes con la patria que le es tanto más cuanto que el amor entre el Ejecutivo y el pueblo se ha agudizado de

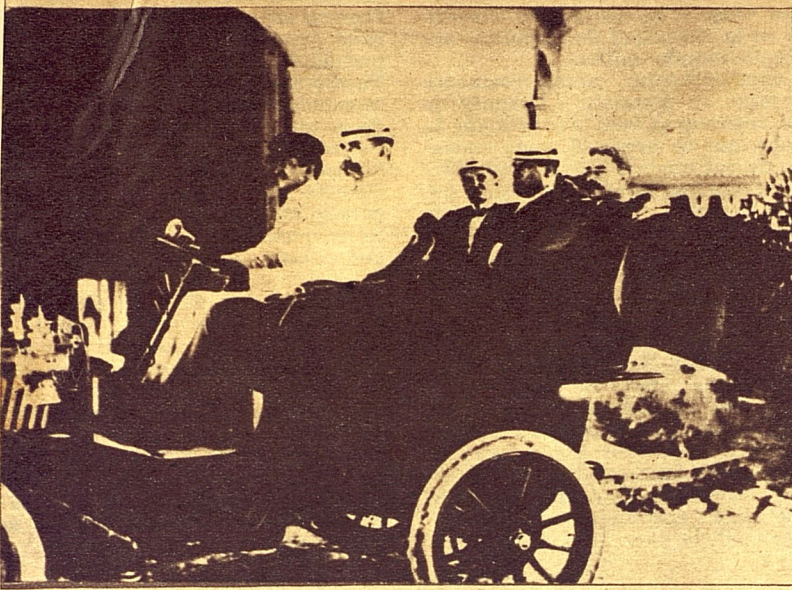
interinamente, sucede Estrada Palma en la presidencia de la Cámara. El Marqués no se mantiene mucho tiempo en su elevado cargo. No tarda en darse cuenta de que lo ocurrido en Bijagual de Jiguaní está a punto de repetirse en las Lagunas Varona y se apresura a rogarle a sus amigos de la Cámara que integren el quórum para que le acepten la dimisión que ha presentado. El 28 de junio de 1875, la Cámara le acepta, aprobando además por unanimidad un voto de gracias, fundado, como dice Santovenia, en que se hallaba satisfecha de sus servicios como Presidente de la República.

Se piensa en Estrada Palma para ocupar el cargo dejado vacante por Cisneros, pero el patriota bayamés se niega rotundamente a desempeñarlo interinamente. Luego, cuando es designado Juan B. Spotorno, de la Cámara para hacerse cargo de la cartera de Relaciones Exteriores, afirmando entre otros decretos que causan gran revuelo el correspondiente Consejo de

a los posiciones reconocidas. Spotorno de tiempo restablecimiento viceregal Francisco en quebrado signatario carácter de la República. 29 de Representación de público. Su gistración con la mejor abundancia. Frente

La captura no amillano a la víctima, que fué tratada sin ramificaciones ni consideraciones bre la que flovieron dictámenes sultos. Cuando el coronel A Mozo-Viejo lo interrogó solamente a través de nombre y su cargo en las furentes, contestó resuelta "Me llamo Tomás Estrada Presidente de la República". (Continúa en la I

En las elecciones municipales celebradas en la Punta, don Tomás Estrada Palma deposita su voto.



Don Tomás, Presidente de la República, en uno de los primeros automóviles de La Habana recorre las calles de la ciudad con el ministro de Estados Unidos, Mr. Squire.

problema de la esclavitud. Céspedes que ya había dado libertad a los esclavos que se sumasen a la revolución, no la decretó íntegramente para no lesionar intereses, pero entre los nuevos regidores, José Joaquín Palma toma el asunto por su cuenta y presenta una moción radical. Estrada Palma, abolicionista por principio que compraba cuantos esclavos le era posible para "educarlos en la moral más estricta y enseñarlos a leer y escribir" dándoles un trato paternal, se pronunció, desde el primer momento en favor de la moción abolicionista, que al cabo de acalorados debates fué aprobada.

Después del incendio de Bayamo, volvió a oírse la voz de Estrada Palma en una proclama que encerraba sensacional denuncia contra los desmanes del Gral. Valmaseda. A poco acepta el cargo de secretario del Gral. Donato Mármod y, aparentemente por esta época ambos dirigen al gobierno de los EE.UU., una exposición sugiriéndole la conveniencia de la anexión de Cuba a la gran república nórdica. Luego va a Guáimaro donde celebra sus sesiones la Convención Constituyente, pero aún cuando representa a un distrito oriental no toma parte en la confección de la Carta Magna. Más adelante El Cobre lo elige representante a la Cámara y participa en las sesiones en que este Cuerpo acuerda dirigirse al gobierno de Washington, expresándole el deseo de Cuba de ser anexada a los EE. UU.

El Gobierno español no sólo actúa contra los revolucionarios en la manigua, sino también en las poblaciones. En 1870 declara infidentes a todos los bayameses y en seguida se incauta de sus bienes. Estrada Palma pierde en esta contingencia sus dos casas de Bayamo y sus fincas. A estas graves contradicciones se suman otras. La armonía va siendo cada vez más precaria en el campo revolucionario. El presidente Céspedes y la Cámara están en pugna. Se habla de destitución y de golpe de Estado y aún cuando los legisladores aprueban los nombramientos hechos por Céspedes, la crisis se mantiene latente.

Banquete ofrecido en el Palacio Presidencial por don Tomás a Mr. Morgan. Esta foto, indica su pie, "fué sacada de noche con la luz de magnesio por el fotógrafo Gómez Carrera para "El Figaro".

El año siguiente es todavía más duro para Estrada Palma que se halla en la Cámara cuando recibe la noticia de que los españoles habían asaltado e incendiado la finca en que residía su madre. Lloroso e iracundo —dice Carbonell— corre al lugar comprobando la versión. "El corazón se le salta del pecho, el sueño huye de sus ojos; la visión de la madre, blanca en canas, errante por los bosques, lo persigue. De pronto le informan de que vive y está a salvo. Vuella a su lado, ella le tiende los brazos pero al querer desasirla de su cuerpo, comprueba, espantado, que la anciana valerosa a quien no habían abandonado las fuerzas para retar a sus secuestradores le habían faltado ante la honda y tierna emoción de volver a ver a su Tomasico y había dejado de existir al recibir el grato choque".

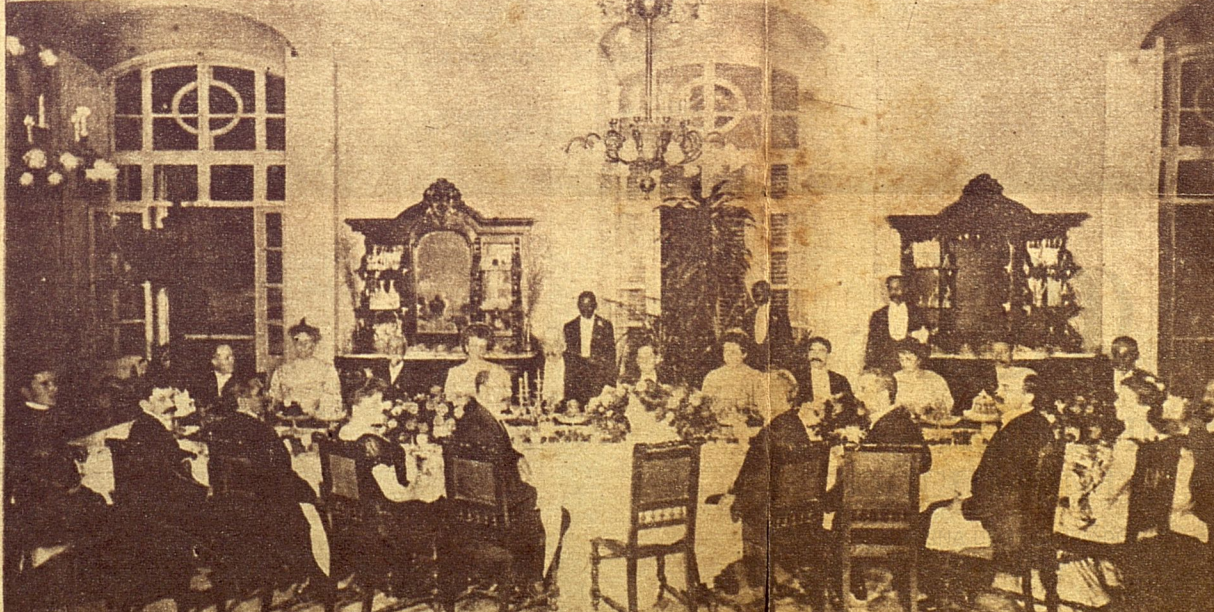
Pero la tragedia familiar no aparta al revolucionario de sus deberes con la patria que lo necesita tanto más cuanto que el antagonismo entre el Ejecutivo y el Congreso se ha agudizado de modo alarmante. Céspedes se adelanta a los acontecimientos pidiendo su independencia del Cuerpo Legislador y amplias facultades para actuar conforme a su criterio. La Cámara por su parte, se muestra cada día más recelosa y designa a nueve representantes entre los que figura Estrada Palma, para que juzguen

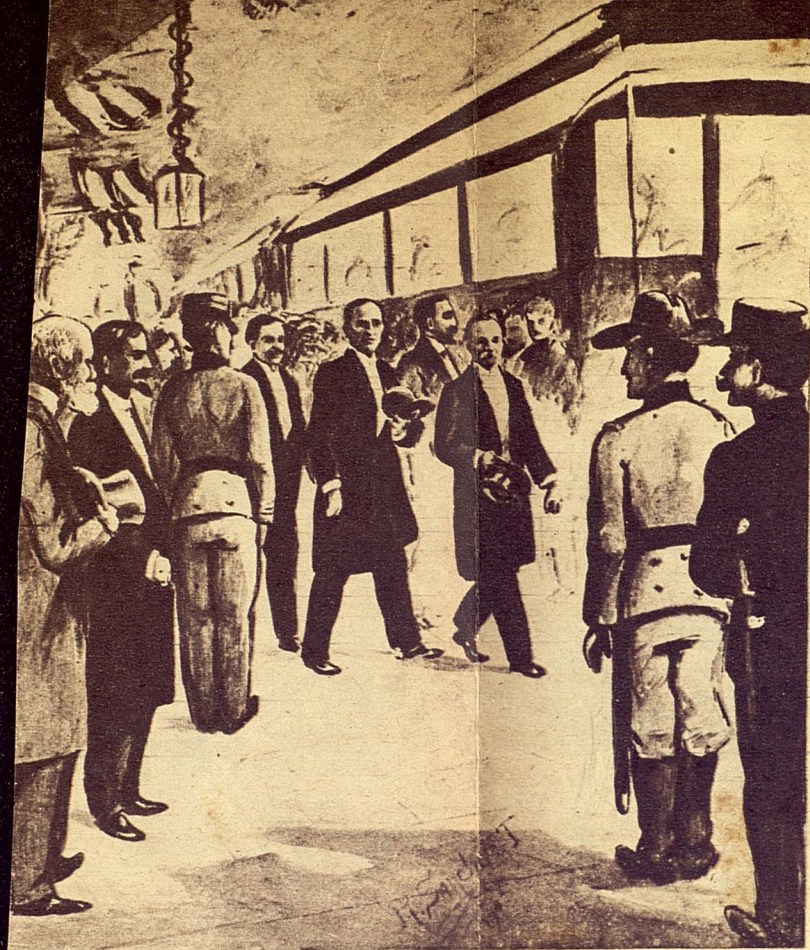


Su rostro tenía una mezcla de firmeza y de bondad inspiradora de respeto; servíale de complemento lo bigote blanco y sus cabellos canos.

la conducta del Presidente. La reunión se efectúa en Bijagual de Jiguani a fines de octubre de 1873, donde se encontraban las tropas del Gral. Calixto García. Abierta la sesión, Ramón Pérez Trujillo pronunció el primer discurso en contra de Céspedes. A Estrada Palma le correspondió el segundo turno. Sus cargos al Presidente —dice Portell Vilá— fueron

gravísimos, llegando a decir que el que atentase como Céspedes contra los derechos del pueblo "era más criminal que si pactase con España bajo otra base que la independencia". El 27 de octubre, en fin, la Cámara aprobó la destitución de Céspedes, nombrando para sustituirlo provisionalmente a Salvador Cisneros Betancourt, al que, también in-





El viaje de don Tomás Estrada Palma a Camagüey y Oriente. Croquis del natural por el Sr. R. Sánchez, de la llegada del Presidente a la Estación de Villanueva.

terinamente, sucede Estrada Palma en la presidencia de la Cámara. El Marqués no se mantiene mucho tiempo en su elevado cargo. No tarda en darse cuenta de que lo ocurrido en Bijagual de Jiguani está a punto de repetirse en las Lagunas Varona y se apresura a rogarle a sus amigos de la Cámara que integren el quórum para que le acepten la dimisión que ha presentado. El 28 de junio de 1875, la Cámara le acepta, aprobando además por unanimidad un voto de gracias, fundado, como dice Santovenia, en que se hallaba satisfecha de sus servicios como Presidente de la República.

Se piensa en Estrada Palma para ocupar el cargo dejado vacante por Cisneros, pero el patriota bayamés se niega rotundamente a desempeñarlo interinamente. Luego, cuando es designado Juan B. Spotorno, deja la Cámara para hacerse cargo de la cartera de Relaciones Exteriores, refrendando entre otros decretos que causan gran revuelo el que dispone que se juzgue como espías

a los enemigos que presenten proposiciones de paz en las que no se reconozca la independencia de Cuba.

Spotorno desempeñó las funciones de Jefe del Poder Ejecutivo el tiempo necesario para proveer a la restauración del régimen constitucional. En efecto, en 1875, convencidos los revolucionarios de que el vicepresidente de la República, Francisco Vicente Aguilera, tardaría en volver a Cuba, debido a su quebrantada salud, decidieron designar un nuevo Jefe de Estado con carácter definitivo y, a propuesta de Luis Victoriano Betancourt, el 29 de marzo de 1876, la Cámara de Representantes por once votos contra dos, eligió Presidente de la República a Tomás Estrada Palma.

Su actuación en la primera magistratura de la República se distinguió por sus buenas relaciones con la Cámara y sus esfuerzos para mejorar la situación del ejército, los abastecimientos y las comunicaciones. Sin embargo tuvo que hacerle frente a movimientos sediciosos

ocurridos en sus propias filas en Las Villas y en Santa Rita, viéndose en la necesidad de asumir el supremo mando militar.

Abruptamente, desastrosamente terminó su mandato. Después de las entrevistas con Mr. William L. Pope, que se presentó como emisario de paz enviado por el Gral Martínez Campos, al que le contesta demostrándole la conveniencia que tiene para España llegar a un acuerdo a base de la independencia de Cuba, recibió Estrada Palma a Esteban de Varona que ya se había presentado a los españoles y al que acompañaban entre otros los coroneles Bello y Santiesteban, prisioneros ahora de Máximo Gómez, que también le hacen proposiciones de paz. Considerando que en mayor o menor grado todos se encuentran comprendidos en el severo decreto de Spotorno contra los que hagan gestiones de paz sin independencia para la isla, los entre-

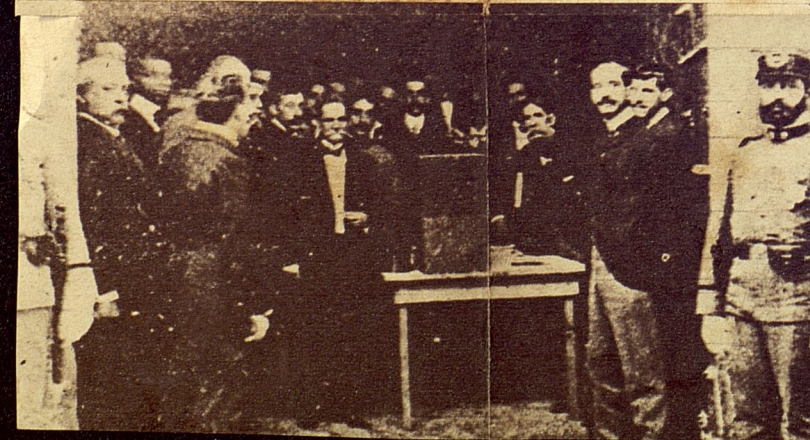
obligado a sostener fuego con fuerzas españolas. Se bate en retirada, pero al día siguiente lo prende de nuevo el enemigo en Tasajeras. Su situación se hace momentos más difícil. La escuadra de la que se ha separado, hace fuerzas baldías para incorporarse. El pequeño grupo sostiene otro encuentro con el enemigo, y al perseguido de cerca, el Presidente se queda sin más acompañante que su secretario, José Nicolás Mánquez.

Durante dos días Estrada Palma y Hernández vagan perdidos por la manigua. Llegan, empujados a la subprefectura y por unas horas consideran conjurado el peligro inminente. Pero la suerte ha abandonado y la prisión no tarda en producirse; prisión tanto dolorosa, como bien dice Camerón, cuanto que quienes la llevan a cabo son cubanos al servicio de la metrópoli.



para "cu"

En las elecciones municipales celebradas en julio de 1904, el Presidente Estrada Palma deposita su voto en un colegio del barrio de la Punta.



El caricaturista Blanco hizo este expresivo dibujo de don Tomás: La espada del poder se le ha quebrado en sus manos.

gó al Gral. Gómez para la formación del correspondiente Consejo de Guerra, saliendo inmediatamente para Bayamo con el Gral. Vicente García, del que se separa dos días más tarde, siguiendo el viaje con una reducida escolta a través de una región en la que hay numerosas fuerzas enemigas. Al llegar a la margen derecha del Cauto se detiene en espera del guía, viéndose

La captura no amilanó a la ilustre víctima, que fué tratada sin miramientos ni consideraciones y sobre la que llovieron dicerios e insultos. Cuando el coronel Agustín Mozo-Viejo lo interrogó sobre su nombre y su cargo en las filas insurrectas, contestó resueltamente: "Me llamo Tomás Estrada Palma, Presidente de la República de Cuba". (Continúa en la Pág. 160)

en la aventura. Pero ocurre algo más: algo que no se esperaba en aquellas circunstancias. En esa hora de intenso dramatismo, Estrada Palma se les une diciendo: "Amigos míos mi misión ha concluído. He llegado hasta aquí y no regresaré a Bayamo. Pueden comunicarle al gobernador Udaeta y al alcalde Castro, que me he quedado con los revolucionarios". Sus palabras tienen la virtud de sumar a los demás comisionados a la causa de la independencia.

El cambio de actitud de Estrada Palma no sorprende tanto por su significación política, puesto que se conocía su sincera identificación con los conspiradores y que sus censuras a Céspedes solo obedecían a que consideraba una grandísima imprudencia haber tomado las armas antes de que todo estuviese convenientemente preparado, sino a la súbita modificación de su criterio, ya que, desde niño, según aseguran algunos de sus biógrafos, cuando tomaba una resolución resultaba sumamente difícil que la revocara. Fué esta firmeza que hacía inmutables sus decisiones, una de sus características más eminentes; característica que al correr de los años se hizo cada vez más pronunciada hasta darle una tonalidad sombría al final de su vida.

Pronto, mucho más pronto de lo que se imaginaba, volvió a Bayamo, Estrada Palma, y cuando las huestes de Céspedes después de varios días de intensa lucha entran en la ciudad que había de significarse por su heroísmo, el joven revolucionario figura entre los miembros del nuevo Ayuntamiento libre en el que no tarda en discutirse el

4

Los dos prisioneros son conducidos a Gibara y embarcados en el cañonero "Dardo", que zarpa en seguida para La Habana, cumpliendo órdenes de Martínez Campos. En la capital de la isla son encerrados en el castillo del Morro y el 5 de noviembre de 1877 se les envía a España, a bordo del "Comillas". Ya en la Península permanecen hasta el 7 de diciembre en el castillo de Santa Catalina, en Cádiz, de donde pasan al de San Fernando de Figueras, en Cataluña. Las escasas noticias que recibe de Cuba no pueden ser más desalentadoras. Prevé el fin de la revolución y, en consecuencia, no le causa mayor sorpresa, aunque sí hondo pesar el cese de las hostilidades en la isla amada.

Estrada Palma no ha estado ocioso en la prisión. Ha estudiado inglés, francés, problemas sociales, ampliando sus conocimientos de Filosofía y Derecho público y manteniendo una correspondencia copiosa en la que ha transmitido a sus amigos sus ideas y sus esperanzas, destacando en numerosas ocasiones su convencimiento de que los cubanos no estaban capacitados para gobernar libremente una nación nacida con tantos inconvenientes, lo que le inclina a confesar que "la única solución al problema planteado, y la más lógica, es la que ha marcado la Naturaleza y la que está comprendida en el mejoramiento de los pueblos, por la fusión con otros. En una palabra: la anexión a los Estados Unidos de América."

A raíz del Pacto de Zanjón, cuando recupera la libertad, hace buena su promesa de no regresar a Cuba mientras la isla se halle bajo la dominación española. Se traslada a Francia y a poco embarca para los Estados Unidos. Su situación económica es sumamente penosa. No aprovecha la oportunidad que le brindan para el desembargo de sus bienes, puesto que la condicionan a su adhesión al Pacto que ha puesto fin a la guerra. Se niega a someterse a España por intereses materiales, prefiriendo sufrir las miserias del proscripto inmaculado.

Pocos días después de su llegada a New York, Estrada Palma atendiendo a las recomendaciones que le ha hecho un amigo se traslada a Central Valley, alojándose en la residencia de David Cornell. Se halla en esos días en un estado de ánimo realmente lamentable y llega a temer le sobrevenga una grave crisis nerviosa. Piensa un mo-

mento en el suicidio, pero horrorizado hace esfuerzos para alejar esta idea de su mente. ¡Nunca ha estado tan solo como en el seno de la familia Cornell! Ha olvidado casi por completo sus conocimientos del idioma inglés y tiene grandes dificultades para comunicarse con los que le rodean y tratan de hacerle agradable el ambiente.

Por fortuna la primera carta que recibe en Central Valley, es un mensaje de aliento y de esperanza. Fernando Figueredo, amigo al que mucho estima, le sugiere que vaya a reunirse a Puerto Plata. Poco a poco, a medida que se conoce el lugar de su residencia va aumentando el número de los que le escriben haciéndole sentir que no está tan solo ni tan olvidado. Desde Honduras, el General Máximo Gómez y el poeta José Joaquín Palma, le aseguran que se sentirá mucho mejor entre ellos que en Central Valley. Pero Estrada Palma vacila. Ha comenzado a hacer planes con David Cornell para el establecimiento de un colegio. Sin embargo, un buen día decide embarcar para Honduras y no tarda en comprobar que sus amigos no habían exagerado al decirle que encontraría una acogida fraterna en la hospitalaria república centroamericana, donde su capacidad es apreciada debidamente, al extremo de que el Gobierno le confía la Administración de Correos, cuya reor-

Los dos prisioneros son conducidos a Gibara y embarcados en el cañonero "Dardo", que zarpa en seguida para La Habana, cumpliendo órdenes de Martínez Campos. En la capital de la isla son encerrados en el castillo del Morro y el 5 de noviembre de 1877 se les envía a España, a bordo del "Comillas". Ya en la Península permanecen hasta el 7 de diciembre en el castillo de Santa Catalina, en Cádiz, de donde pasan al de San Fernando de Figueras, en Cataluña. Las escasas noticias que recibe de Cuba no pueden ser más desalentadoras. Prevé el fin de la revolución y, en consecuencia, no le causa mayor sorpresa, aunque sí hondo pesar el cese de las hostilidades en la isla amada.

Estrada Palma no ha estado ocioso en la prisión. Ha estudiado inglés, francés, problemas sociales, ampliando sus conocimientos de Filosofía y Derecho público y manteniendo una correspondencia copiosa en la que ha transmitido a sus amigos sus ideas y sus esperanzas, destacando en numerosas ocasiones su convencimiento de que los cubanos no estaban capacitados para gobernar libremente una nación nacida con tantos inconvenientes, lo que le inclina a confesar que "la única solución al problema planteado, y la más lógica, es la que ha marcado la Naturaleza y la que está comprendida en el mejoramiento de los pueblos, por la fusión con otros. En una palabra: la anexión a los Estados Unidos de América."

A raíz del Pacto de Zanjón, cuando recupera la libertad, hace buena su promesa de no regresar a Cuba mientras la isla se halle bajo la dominación española. Se traslada a Francia y a poco embarca para los Estados Unidos. Su situación económica es sumamente penosa. No aprovecha la oportunidad que le brindan para el desembargo de sus bienes, puesto que la condicionan a su adhesión al Pacto que ha puesto fin a la guerra. Se niega a someterse a España por intereses materiales, prefiriendo sufrir las miserias del proscrito immaculado.

Pocos días después de su llegada a New York, Estrada Palma atendiendo a las recomendaciones que le ha hecho un amigo se traslada a Central Valley, alojándose en la residencia de David Cornell. Se halla en esos días en un estado de ánimo realmente lamentable y llega a temer le sobrevenga una grave crisis nerviosa. Piensa un mo-

mento en el suicidio, pero horrorizado hace esfuerzos para alejar esta idea de su mente. ¡Nunca ha estado tan solo como en el seno de la familia Cornell! Ha olvidado casi por completo sus conocimientos del idioma inglés y tiene grandes dificultades para comunicarse con los que le rodean y tratan de hacerle agradable el ambiente.

Por fortuna la primera carta que recibe en Central Valley, es un mensaje de aliento y de esperanza. Fernando Figueredo, amigo al que mucho estima, le sugiere que vaya a reunirse a Puerto Plata. Poco a poco, a medida que se conoce el lugar de su residencia va aumentando el número de los que le escriben haciéndole sentir que no está tan solo ni tan olvidado. Desde Honduras, el General Máximo Gómez y el poeta José Joaquín Palma, le aseguran que se sentirá mucho mejor entre ellos que en Central Valley. Pero Estrada Palma vacila. Ha comenzado a hacer planes con David Cornell para el establecimiento de un colegio. Sin embargo, un buen día decide embarcar para Honduras y no tarda en comprobar que sus amigos no habían exagerado al decirle que encontraría una acogida fraterna en la hospitalaria república centroamericana, donde su capacidad es apreciada debidamente, al extremo de que el Gobierno le confía la Administración de Correos, cuya reorganización efectúa con su característica habilidad y honradez.

Pero en Honduras encuentra algo más que una brillante posición económica. Por primera vez se enamora seriamente y en 1881 se casa con la señorita Genoveva Guardiola, hija de un ex presidente de aquella nación. Un año después, ya muy próximo a cumplir sus cincuenta, le nace el primer hijo. ¡La paternidad lo alborozó!

Al cabo de dos años, Estrada Palma con su familia está nuevamente en Central Valley. Su vocación por la enseñanza se ha sobrepujado a todas las otras conveniencias. Los planes que hiciera con Cornell, cristalizan al fin en una noble realidad. La escuela soñada abre sus puertas y comienzan a llegar los primeros alumnos, entre los que figuran un buen número de hondureños. Los cubanos lo visitan con frecuencia. Central Valley colma por el momento las más grandes aspiraciones de don Tomás, que no permanece ajeno al estado de ánimo de sus compatriotas, sino que, por el contrario, advierte con honda satisfacción el resurgimiento del espíritu de lucha contra la dominación española en la Gran Antilla.

El 10 de octubre de 1887 preside don Tomás la velada conmemorativa del Grito de Yara, que se celebra en el Masonic Temple, en New York, y cuyas invitaciones ha redactado Martí. Entre ambos se establece una estrecha amistad y sus discursos en esta ocasión se complementan. Cinco años más tarde esta amistosa relación se mantiene inalterable y precisamente el 17 de abril de 1892, Estrada Palma ocupa la presidencia del mitin con que se celebra en el club Los Independientes, en New York, la proclamación del Partido Revolucionario Cubano, del que Martí fué electo Delegado y al que sucede en el cargo, después del trágico episodio de Dos Ríos.

Las funciones que le corresponden como representante de la Revolución son en extremo espinosas. Todo el tiempo es poco para atender los asuntos del nuevo cargo que cada día lo aleja más de Cen-

tral Valley y de su familia. A veces ni siquiera puede pasar con Genoveva y los niños el fin de semana. El Tomás Estrada Palma Institute se resiente a causa de su ausencia y comienza a declinar. El Delegado tiene que hacerle frente a un cúmulo de problemas y a un mundo de críticas. Se le acusa del desastre de la expedición del "Hawkins" y no tiene, como Martí, cuando el caso doloroso de la Fernandina, amigos que lo acompañen en esas horas repletas de amargura. Dos veces renuncia al cargo por considerarse hostilizado por el Consejo de Gobierno y otras tantas es ratificado. La labor que pesa sobre sus hombros de sesenta años es abrumadora. Tiene que atender a las expediciones, al manejo de los fondos de la Revolución, a las reuniones políticas, a los contactos con personajes influyentes en el gobierno de Washington, que se muestran favorables a la causa cubana; luchar a brazo partido con los que sugieren un nuevo arreglo con España, a los que desaniman en forma terminante, publicando en "El Porvenir" y en "Patria" que la guerra tiene como único lema "Independencia o muerte", con lo que deja en desairada situación a los que han levantado la bandera autonomista.

La situación económica del Delegado se hace por momentos más penosa. En el otoño de 1895, la escuela de Central Valley abandonada por su gran director se cierra definitivamente, desapareciendo con ella la única fuente de ingresos con que contaba la familia de Estrada Palma, porque los treinta pesos semanales que éste recibe del tesoro de la Delegación son apenas suficientes para pagar su alojamiento, sus comidas en New York y los gastos de transporte. Forzado por las circunstancias hipoteca la casa de Central Valley, pero aun en esa hora de tan grandes quebrantos no acepta los auxilios que le brindan y le devuelve acompañándolo con una carta admirable el giro que para redimir la hipoteca le envía desde París la excelsa benefactora Marta Abreu.

Ha terminado la guerra, pero don Tomás, que ha vivido intensamente sus vicisitudes, no puede retirarse a descansar como era su propósito. La patria lo necesita y continuará reclamando sus servicios casi hasta el fin de sus días. Ahora le corresponde representarla como Ministro Plenipotenciario en el extranjero, y usando las facultades que este cargo le confiere, envía a Gonzalo de Quesada, Encargado de Negocios en Washington, en comisión especial ante la Asamblea de Representantes, dándole, por primera vez, en la carta credencial, el título de discípulo predilecto del Apóstol, que desde entonces acompaña al nombre de tan ilustre patriota. Y es precisamente a Quesada a quien expone sus puntos de vista durante los ardorosos debates provocados por la Enmienda Platt. Estima que han seguido un noble impulso los representantes que se oponen a la Enmienda, pero agrega que "conociendo que en todos los actos de la vida es preciso colocarse en el terreno de la realidad, a la vez que respeta la actitud asumida por la Convención, experimenta, en virtud de ella, las mismas zozobras que sintiera a la vista de los nobles arranques de uno de sus hijos, llevado por el ardor de la juventud más allá de los límites de una prudencia razonable." Le confiesa, además, que "la forma brusca en que se aprobó la resolución Platt, hi-

¿NO OYE BIEN?

Miles de hombres y mujeres que no podían oír bien, y que estaban casi sordos debido a catarro en el oído, han descubierto que pueden mejorar rápidamente con SPANTEX. Muchos dicen que ahora pueden oír el tic tac de un reloj a una distancia de 10 metros. Compre SPANTEX en su botica hoy mismo. Verá qué pronto le mejora el oído.

rió su dignidad de cubano", pero se inclina a aceptarla en virtud de que el Gobierno cubano, por su mediación, convino con los funcionarios norteamericanos, antes de la Joint Resolution, que la intervención de los EE. UU., en Cuba era a base de que el Gobierno de Washington garantizara la paz interior en la isla. No puede decirse, aclara Camacho, que ésta era la política personal de Estrada Palma, puesto que actuaba de acuerdo con el Consejo de Gobierno y, por otra parte, informó al presidente McKinley "la absoluta verdad de que el pueblo cubano no quería ni necesitaba la anexión a los Estados Unidos."

Tan pronto como la cuestión de la Enmienda Platt queda dilucidada, el Gobierno interventor acelera sus gestiones para entregar el poder a los cubanos. Tres hombres parecen llamados a discutir el honor de ser el primer Presidente de la República de Cuba: Máximo Gómez, Bartolomé Masó y Tomás Estrada Palma. Gómez no tarda en anunciar de manera firme que no aceptará la nominación. Masó, por el contrario, no pone reparos a figurar como candidato, pero don Tomás aun cuando desde los primeros momentos parece interesado en la candidatura y ha recibido en Central Valley la visita de Máximo Gómez, que decididamente lo apoya, no contesta públicamente hasta septiembre de 1901. Con su aceptación envía su programa de gobierno, en el que aparecen cuatro puntos fundamentales: relaciones con los Estados Unidos, deuda con el Ejército Libertador, tratado comercial y organización de la Hacienda. Desde el primer momento se advierte que sus posibilidades de triunfo son mucho mayores que las de Masó, y esta impresión es confirmada por el resultado de las elecciones, que se celebran el 31 de diciembre de 1901.

Don Tomás no ha tomado parte activa en la breve campaña electoral. Sólo ahora, ya electo, se dispone a regresar a Cuba. ¡Ha cumplido fielmente la promesa que se hiciera de no volver a la patria mientras estuviese bajo el yugo español! Pero no viene directamente a La Habana. A mediados de abril, cuando sale de Central Valley, embarca en el "Almirante Farragut" con rumbo a Gibara. Cuando pisa tierra cubana es objeto de un recibimiento apoteósico, que se repite en todas las poblaciones que visita. A su paso por Bayamo hace trasladar al cementerio de la ciudad heroica los restos de la madre amada. En Yara abraza a Bartolomé Masó y se aloja en su casa. En Santiago de Cuba deposita ofrendas florales en las tumbas de Carlos Manuel de Céspedes, de José Martí, de las víctimas del "Virginius" y del capitán español Federico Capdevila. Junto al sepulcro del primero exclamó: "Fuistes la fe en la Revolución; y Martí el profeta de la independencia." El 11 de mayo llegó a La Habana y el 20, a las 12 m., se efectuaba la

6

transmisión de poderes en medio de un entusiasmo indescriptible, arriándose al mismo tiempo en el Morro la bandera de los Estados Unidos, para que comenzase a ondear la cubana.

Desde los primeros momentos el gobierno de Estrada Palma se distinguió por sus normas conservadoras. Don Tomás, afable y cortés, como dice Martínez Ortiz, hablaba poco, pero hacía su voluntad. Tenía siempre a su disposición, apunta Escobar, una toseilla que le atacaba en los momentos oportunos en que convenía no hablar, y con la frase cariñosa de *hijito*, que le era familiar, le mataba el gallo a cualquiera. "De estatura pequeña, pero erecto y firme, llevaba muy bien sus años; ya frisaba en los setenta. Un ligero tic le obligaba a cerrar frecuentemente un ojo; esto y el color sonrosado de su rostro daban a su fisonomía cierta mezcla de firmeza y de bondad inspiradora de respeto; servíanle de complemento su bigote blanco, caído hacia las comisuras de los labios, y sus cabellos canos, peinados cuidadosamente siempre."

Apenas han terminado las fiestas y ya se hacen sentir las primeras dificultades que irán agravándose al correr de los días. El carácter inflexible, obstinado, del Presidente, que muchas veces llega a la intransigencia, hace que se alejen muchos de los que en los primeros momentos estuvieron a su lado. Preocupado de que pueda pensarse que el generalísimo Máximo Gómez tiene un gran predicamento en su ánimo, deja de invitarlo con frecuencia a Palacio, y cuando Alfonso XIII le cablegrafía pidiéndole la conmutación de la pena de muerte a la que ha sido condenado por asesinato un súbdito español, no accede a conceder la gracia solicitada.

Resuelve dos cuestiones de la mayor importancia: el tratado comercial y la fijación de las estaciones navales para carboneras, pero ya en las elecciones parciales de 1904, en las que se cometen fraudes y falsedades, comienzan a soplar vientos de fronda que se hacen más recios a medida que se va fortaleciendo en el ánimo del Presidente la idea de la reelección. A impulsos de este propósito nace el Partido Moderado, al que se afilia don Tomás, mientras los republicanos de Las Villas se sitúan en la oposición y ofrecen a Máximo Gómez la candidatura presidencial, que nuevamente rechaza, aun cuando es opuesto a la reelección.

Los moderados constituyen una minoría, pero los amigos que rodean a don Tomás lo convencen de que la gran mayoría del país le pide este nuevo servicio, tanto más cuanto que su política administrativa ha creado una próspera situación económica y en el Tesoro

nacional hay cerca de veinticinco millones en lugar del medio millón que encontró al hacerse cargo del Gobierno. Para llevar adelante la campaña reeleccionista don Tomás cambia a sus colaboradores más íntimos, formando el que habrá de entrar en la historia con el ingrató nombre de Gabinete de Combate, integrado por hombres decididos a triunfar a cualquier precio, pero con tan escasa visión de la realidad que no se preparan para hacerle frente a la reacción natural de las víctimas de sus arbitrariedades.

Antes de las elecciones corre la sangre y los comicios se efectúan en un ambiente tenso que hace presagiar recia tormenta. A poco los

peores augurios se confirman. No han pasado tres meses desde el inicio de su segundo periodo presidencial, cuando don Tomás se considera impotente para sofocar el levantamiento, cuyos jefes demandan la anulación de las últimas elecciones. Gobierno y revolucionarios vuelven la vista hacia los Estados Unidos, solicitando éstos que el gobierno de Washington intervenga para realizar nuevos comicios y Estrada Palma, para que le envíen dos barcos de guerra.

¡Está convencido de que el presidente Roosevelt lo mantendrá frente a los rebeldes! Pero en la Casa Blanca no hay deseos de intervenir. Quieren que se agoten todos los medios entre los cubanos contendientes para llegar a un arreglo que haga innecesaria la intervención.

El 12 de septiembre llegan los barcos de guerra y poco después los comisionados del presidente Roosevelt, William H. Taft y Robert Bacon, secretario de la Guerra y subsecretario de Estado, respectivamente. En seguida comienzan a actuar en busca de una solución armoniosa entre cubanos. Los revolucionarios proponen y aceptan fórmulas, pero el Gobierno se muestra inflexible, intransigente. Exige que los revolucionarios depongan las armas para entrar después en arreglos y se niega a aceptar una transacción decorosa que consiste en la renuncia de los consejeros y congresistas, manteniéndose en cambio al Presidente y al Vicepresidente de la República en sus cargos. La actitud del Gobierno da lugar a que los revolucionarios modifiquen su proposición en el sentido de que también renuncie el Vicepresidente, Dr. Domingo Méndez Capote.

No hay posibilidades de arreglo. Después de la entrevista de los comisionados con Estrada Palma, en la noche del 24 de septiembre, el horizonte se entenebrece mucho

más. Don Tomás llega a la conclusión de que Taft y Bacon actúan con parcialidad y después de conferenciar con los amigos que se encuentran en Palacio, decide que todos los secretarios del Despacho le presenten la renuncia y enviar la suya y la del Vicepresidente al Congreso.

Cuantos esfuerzos se hacen para que desista de este propósito resultan estériles. Ni siquiera una nutrida comisión de legisladores le hace variar su criterio. Una y otra vez se repite: "El decoro y la dignidad del Gobierno..." Al Congreso, que ha leído la renuncia irrevocable del Primer Magistrado y del Vicepresidente de la República sólo le queda reanudar la sesión para designar un Presidente provisorio, porque don Tomás no ha nombrado ni un solo secretario de Despacho, obstruccionando con este proceder la sucesión constitucional. Su conducta, dice su biógrafo Camacho, no tiene justificación. Ha cometido un error que la historia nunca le perdonará. El Congreso termina el drama. No vuelve a reunirse y la República queda acéfala. El 29 de septiembre, en consecuencia, Taft toma posesión del Gobierno provisional.

Don Tomás, acompañado de su familia, salió del antiguo Palacio de los Capitanes Generales el 2 de octubre, dirigiéndose a Matanzas. Luego continuó viaje a Oriente, estableciéndose en su finca "La Punta". A veces comenta con sus íntimos las penurias que pasan los suyos en la desmantelada propiedad, en la que, por otra parte, se siente a gusto alejado del mundo, al margen de las preocupaciones de la vida pública. No disfrutó largo tiempo de este merecido descanso. A fines de octubre de 1908 lo trasladaron enfermo de cuidado a Santiago de Cuba, alojándolo en casa de Francisco Antúnez, en la calle de Segarra Alta. Su organismo debilitado por la edad y por tantos dolores físicos y morales no logró vencer la pulmonía. ¡En la noche del 4 de noviembre el gran cubano se rindió a la muerte!

Palacio, Mayo 18/02



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DE HISTORIADOR
DE LA HABANA